



## D. JOSÉ PUENTE VILLANÚA

(APUNTES BIOGRÁFICOS.)

## I.

El 29 de Setiembre del año de gracia de 1880, publicábase con enlutada orla *El Faro Católico Aragonés*, excelente diario, que ve la luz en Zaragoza. Y era muy justo. Su Director, el probo ciudadano, el distinguido profesor, el escritor castizo, el cariñoso amigo, cuyo nombre estas líneas encabeza, habia pasado á mejor vida en el dia anterior. Frases breves, pero expresivas, dedicaba el citado periódico á quien habia logrado en vida aunar en su noble espíritu tan excelentes cualidades. Nosotros, que tenemos el derecho de llamar al finado asturiano adoptivo, porque entre nosotros pasó los mejores años quizás de su vida; nosotros, que tuvimos la suerte de escuchar de su boca enseñanzas siempre llenas de ciencia, y constantemente impregnadas por el suave aroma de la virtud; nosotros, en fin, que, acaso más que á propia iniciativa, á su trato y consejos debimos la decision de buscar en los estudios literarios el complemento de nuestra carrera científica, vamos á dedicar unas páginas á la memoria de nuestro buen amigo y sábio maestro, correspondiendo así al especial afecto que en vida nos profesára, al propio tiempo que obedecemos á los impulsos de nuestro corazon. No podemos hacer una extensa biografía suya, porque para ello sería necesaria mejor cortada pluma; pero intentamos, sí, dar á conocer al eminente catedrático, trazando á grandes rasgos lo que puede llamarse historia de su permanencia en Oviedo, completándola con algunas noticias de su vida, y otras de su carrera de profesor que hemos podido reunir.

## II.

Por real órden de 23 de Febrero de 1847 fué nombrado catedrático de Literatura general y española de la Universidad de Oviedo el Doctor D. José Puente y Villanúa, quien por espacio de un año habia sustituido en la de Zaragoza la asignatura de Literatura española, con anterioridad al referido nombramiento. Brillantes habian sido los ejercicios de oposicion que le elevaron á tan honroso puesto. Júzguese del mérito del señor Puente, sabiendo que el tribunal calificador censuró con igual nota su-



A. 128192682

perior á nuestro inolvidable amigo y al célebre D. Jerónimo Boráo, tan conocido más tarde por su notoria competencia en asuntos de literatura y de crítica. Logró Borao el nombramiento para Zaragoza, y fué destinado Puente á Oviedo, aunque, aragoneses ambos, aspiraban uno y otro á ser elegidos para la Universidad de su país, cuya cátedra de Literatura general habia de proveerse á la par que la de la Escuela asturiana.

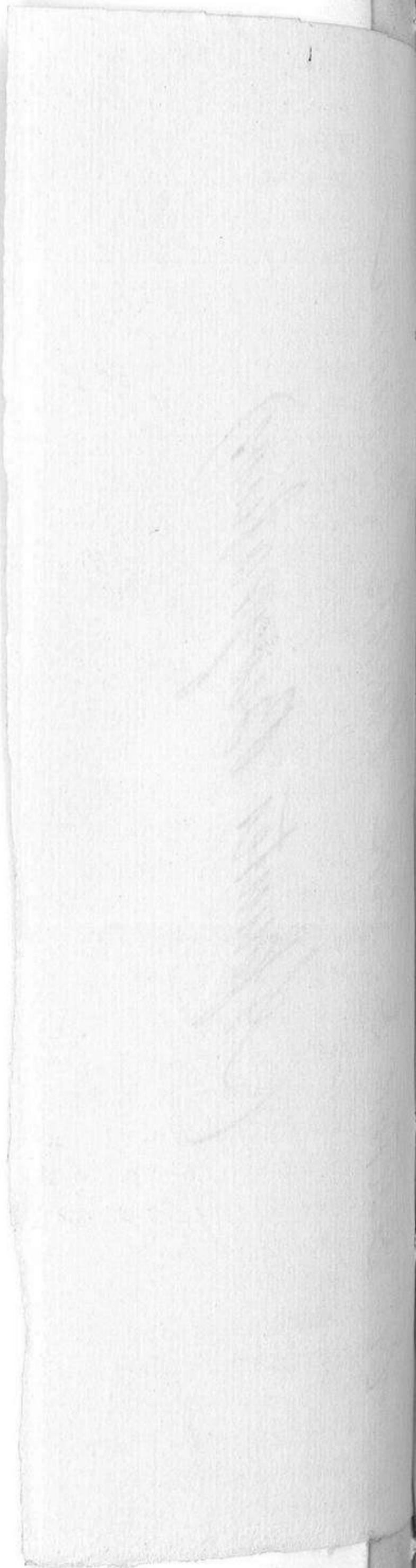
En ésta posesionóse de su clase el jóven Puente en 1.º de Mayo del mismo año, y, terminadas las tareas de exámenes en Junio siguiente, el Rectorado le designó para componer la oracion inaugural del curso de 1847 á 1848.

Admirado quedó el Claustro del trabajo que en 1.º de Octubre leyó el nuevo profesor, desarrollando algunas ideas generales sobre «el porvenir de la ciencia, que se nos presenta, decia, envuelto en misteriosos velos, donde el filósofo y el sábio dirigen escrutadoras miradas para encontrar las verdades que tanto la interesan, para establecer el imperio de la sana razon sobre las ruinas de las preocupaciones, del fanatismo y la incredulidad.» Resalta en este discurso una profundidad de miras verdaderamente notable, un sentido práctico digno de todo encomio; y se adivina en él al hombre de ciencia, al pensador nada vulgar, al través del literato elocuente, del historiador erudito y sagaz observador de la marcha social. Ningun término del gran problema escapa á la mirada indagadora del sábio catedrático, quien resume su tesis en estas palabras: «El conocimiento de su propia debilidad infunde al hombre una prudente desconfianza de sí mismo, concentra el pensamiento en la meditacion de su verdadero fin, y le hace dirigir una mirada melancólica hácia todos los objetos que puedan embarazar el cumplimiento de sus más excelentes deberes. Subordinad, pues, todos los ramos de la ciencia á esa cosa *única necesaria*: sea sobria nuestra ciencia, para que el hombre consiga la verdadera gloria de su carrera, y la corona de su elevado destino.» Esta brillante oracion dió la medida de la altura científica de Puente Villanúa: el claustro se congratuló de tenerle en su seno; y las personas instruidas colocaron su discurso al igual de los notables que por esta época pronunciaron el Sr. Lozano, hoy digno obispo de Palencia, sobre las tendencias de la moderna filosofía alemana, y el distinguido Prelado de las Órdenes, Sr. Guisasola, sobre la armonía entre los estudios filosóficos y los teológicos: profesores ambos entónces del centro universitario de Oviedo.

Seguia al frente de la enseñanza nuestro insigne amigo, siempre ameno é instructivo en sus explicaciones, siempre oido con agrado por sus discípulos hasta que en 1854 fué designado nuevamente para pronunciar el discurso de apertura, que por causas de salud pública no fué leído hasta 1.º de Noviembre del mismo año. Igual profundidad de ideas

El Doctor D. José Puente Villanua.

(Apuntar Buprestidos)



y vasta instrucción que en el anterior discurso, pudo admirar el público en esta hermosa obra académica del Sr. Puente.

Su tema era señalar las diferencias entre la educación y la instrucción. «Creed, jóvenes, en el trabajo—decía á los alumnos—en su necesidad, en su poder, en los prodigios que operó siempre y debe operar todavía. No hay en el mundo atajos para la ciencia, y para la virtud mucho menos: esta es la tarea de toda la vida, de todas las horas, de todos los instantes. Y si al cabo de la carrera los hombres todos convienen amargamente en lo fugaz y vano de la felicidad terrestre, ¡dichoso el joven que se refugia en el amable regazo de la poesía cristiana, de esa apuestísima y gallarda matrona, que os aguarda á todos en los umbrales de la vida! Ella vendará vuestros ojos con un sudario, á fin de que el resplandor engañoso de las bellezas de la tierra no os haga perder de vista la estrella que os señala el camino de la justicia, y de vuestro único y verdadero destino.»

Con especial deleite escuchaban á Puente dentro del aula sus discípulos: pocas veces se habrá visto profesor tan universalmente querido y respetado. Fuera de la Universidad, la juventud estudiosa se agrupaba en torno suyo, ansiando todos consultarle, escucharle, y seguir sus indicaciones. Dígalo, si no, *El Album de la Juventud*, revista literaria, redactada por jóvenes entusiastas de Asturias y sus glorias, discípulos, en su mayoría, del insigne profesor, á quien se complacian en hacer partícipe de todos sus proyectos y ensayos, dudas y lucubraciones. Aureliano Valdés Achucarro y Mariano Castaño, años há arrebatados á mejor vida; Gumersindo Laverde, Ramon Huerta Posada, Timoteo García del Real, y otros, que aún viven, redactaban aquella publicación por los años de 1853 á 1854. En 1856 dirigió en Gijón Valdés Achucarro un Semanario científico-literario, que se titulaba *Revista Universal*.

El profesor de literatura general de Oviedo inspiraba hasta cierto punto esta última publicación. En sus páginas comenzó el Sr. Puente Villanúa á dar á luz los primeros capítulos de su castiza traducción al castellano de la preciosa *Historia de Santa Isabel, Reina de Hungría*, original de M. el conde de Montalembert: traducción que por entónces hubo de suspenderse; pero que más tarde (en 1858) acogió con gusto la Librería religiosa de Barcelona. Dos nutridos tomos en 8.º constituyen esta versión, que el catedrático ovetense hizo «en correspondencia directa» con el ilustre autor de aquel excelente libro.

### III.

Otra fase vamos á estudiar ahora de la vida del Sr. Puente en Oviedo: su carácter franco y sociable, y su afición á la música. Unidas ambas cualidades suyas con un solo objeto, el del honesto esparcimiento del áni-

mo, proporcionaron al Casino de Oviedo, en los días que podemos llamar más gloriosos de su pasado, el espectáculo de aquellos conciertos, ya sacros, ya profanos, en que un público escogido oía con gusto por aquel entonces (años de 1856 á 59) la ejecución de piezas clásicas de música italiana y española, tomando parte en esos trabajos de *dilettanti* el mismo Puente, alma y vida de tan bellos entretenimientos, y con él otros amigos, como un Sr. Santander, comandante jefe á la sazón de carabineros de la provincia, y algunos más, animándose también á cantar, ó á acompañar al piano en *veladas* tales, varias señoritas, como las del juez Sr. Entería, las de Salmean y de Armesto, y otras, si es que estos recuerdos son precisos, tal cual bullen en nuestra memoria, tocante al hecho concreto individual de personas. Tras años tantos corridos, una equivocación sería fácil; pero en el fondo nuestro relato es exactísimo.

Por lo que hace á tendencias musicales, nuestro llorado amigo no ocultaba sus simpatías. Prefería la escuela melódica, tierna y sentimental de Bellini y Donizetti á los elementos bulliciosos de instrumentación y contextura, llevados á la ópera italiana por el genio fogoso de Verdi. Pero su especialidad como aficionado era la música religiosa.

---

Halló Puente este género en Oviedo encerrado en límites estrechos, no obstante la tradicional nombradía que entre muchas había conseguido respecto á la indicada rama del arte, la iglesia catedral asturiana. Y quiso contribuir por su parte á reanimar el espíritu del público inteligente entre nosotros de dos maneras: trayendo á Oviedo «partituras» de música sacra de subido valor aquí desconocidas, y publicando la biografía de un ilustre compositor, que había sido maestro de capilla en Oviedo y antes en Zaragoza. Á la iniciativa de D. José Puente Villanúa se debió haberse aclimatado en la capital de Asturias la costumbre de ejecutar el Rosario á toda orquesta en las festividades de la Virgen, y su diligencia y su amor al culto divino lograron que en nuestros templos se escuchasen algunas obras del inspirado y profundo maestro zaragozano D. Domingo Olleta, cuyo saber eminentemente clásico y religioso admiró y sigue admirando á los inteligentes; tales son el popular «Bendita sea tu pureza,» la soberbia *Salve in Re*, la Letanía, los «Dolores á Nuestra Señora,» etc.; «partituras» sin rival en su especie, que es canto con sólo el acompañamiento de órgano y contrabajo. La íntima amistad del señor Puente con los profesores ovetenses D. Domingo Saenz y D. Antonio Duque, hoy difuntos, era causa poderosa para que el activo catedrático no cesase en su empeño de dar á conocer en Oviedo al eminente Olleta.

También pudieron las personas doctas y los aficionados adivinar hasta dónde llegaba éste como perito en instrumentación, oyendo resonar bajo

las bóvedas del templo de San Francisco aquel grandioso *Miserere* á toda orquesta, cuyo recuerdo aún está vivo en la memoria de algunos, y que, por los años de 1853 á 1855 se ejecutaba en dicha iglesia, siendo director del hospital contiguo el presbítero D. Niceto Jaraba, compañero de Puente Villanúa en el profesorado universitario. La constancia de Puente no reconocía obstáculos: Saenz y Duque le secundaban; una entusiasta falange de profesores y aficionados (entre ellos el Sr. Santander, arriba citado), daban vida á la gran «partitura» del compositor aragonés.

## IV.

La *Biografía del presbítero D. Ramon Félix Cuéllar y Altarriba* es la obra de crítica musical que dió á conocer en Oviedo á Puente como una especialidad tocante á instruccion en teorías, tecnicismo, é historia del divino arte. Publicóla en 1854 (Oviedo: Imprenta y litografía de *El Fomento de Asturias*), y es un folleto de cuarenta y una páginas, rico en datos personales acerca de aquel reputado autor; pero más rico todavía en consideraciones de variada índole sobre la música religiosa, debidas al buen juicio y detenida observacion del entendido profesor de literatura.

El cual resume cuanto piensa acerca del carácter dominante en las obras de Cuéllar, diciendo que «lo que las hace más dignas de llamar la atencion de los aficionados á observar el progreso y vicisitudes de la música sacra española, es que Cuéllar aparece en la historia del arte como el primer maestro de capilla español que, rompiendo decididamente con las tradiciones venerandas, y asociándose al espíritu innovador de su tiempo, acomete la difícil cuanto delicada empresa de fundir en uno solo el elemento sacro y el dramático.» Rossini trazó á Cuéllar el camino, y el córte todo de sus obras lo deja adivinar sin género de duda. Su gran misa de gloria en *re*, el salmo *Dixit Dominus*, y el responsorio *Libera me, Domine*, únicas producciones de Cuéllar que el autor de estos apuntes conoce, prueban con elocuencia suma la verdad del aserto de Puente de que aquel maestro supo romper con la tradicional costumbre de encerrar los asuntos músicos sagrados dentro de un círculo estrecho, que el respeto á los misterios santos de la Religion no permite traspasar á compositores de gran talla, y logró así allegar á las capillas de nuestras catedrales elementos de composicion de carácter *rossiniano*, que, empleados con discrecion, pueden prestar no pequeño realce al canto religioso. Pocos, por desgracia, buscaron en España á Cuéllar como modelo; lo profano y teatral invadió descaradamente nuestros templos. Olleta, como el biógrafo de Cuéllar indica, es uno de los contados genios que han sabido conciliar en la música religiosa contemporánea el elemento dramático con el fondo santo, severo y majestuoso del arte cristiano.

## V.

En el curso de 1857 á 1858, tuvo el que esto escribe la íntima satisfacción de escuchar, como discípulo, de boca de tan docto y elocuente maestro, las lecciones de Literatura general y española. ¡Con qué religioso silencio le oíamos! ¡Con qué avidez seguíamos paso á paso aquella palabra fácil y elegante, aquella elocuencia persuasiva y encantadora, aquellas enseñanzas tan variadas y universales! Si planteaba la cuestión de competencia entre las ciencias y la literatura, para responder de un modo más adecuado al fin espiritual del hombre, decia en tono de convicción arraigadísima: «Buena es la industria, excelente el comercio, magníficas las aplicaciones del vapor y de la electricidad.—Pero, Señores, no olvidemos que tenemos un alma que alimentar; que *no de pan sólo vive el hombre*, y que los estudios literarios ofrecen á la inteligencia sus dominios más propios y naturales. Cultívense las ciencias alternando con las letras. Mas, si forzoso fuera elegir entre una educación exclusivamente literaria y otra exclusivamente científica, yo sin vacilar optaría por la primera; en ella y por ella seríamos cada día más y más cultos y *humanos*, mientras que la segunda nos conduciría irremisiblemente á un positivismo egoísta y desconsolador.» La convicción más íntima resaltaba en estas enseñanzas del eminente y querido profesor.

Si exponía en sus explicaciones, como tema de verdadera importancia actual, las teorías sustentadas por las diferentes escuelas históricas, ponía delante de todas, y como la más conforme á la recta razón, la *filosófico-religiosa*: su representante el vizconde de Chateaubriand, cuyos *Estudios Históricos* encierran aquella capital idea que, dejando á salvo la libertad humana, reconoce la acción de la divina Providencia sobre el mundo, y sintetizó Fenelon en la conocida frase: «El hombre se mueve: Dios le guía.»

Al hablarnos de la escuela histórica á que dió nombradía Michelet, rechazaba el docto catedrático la idea favorita de Niebuhr de que, en la vida de los pueblos, ciertos hechos y personas no sean sino *símbolo*, mero símbolo de evoluciones necesarias y fatales en la marcha de la humanidad: procedimiento crítico que, si como el erudito alemán lo aplica á los reyes de Roma, se emplease con relación á Jesucristo y á la fundación de la Iglesia, la tradición católica y el dogma recibirían menoscabo no pequeño ante las gentes de vulgar instrucción.

Recordamos asimismo, como una de las explicaciones de mayor novedad del Sr. Puente en el referido curso, la que versó sobre el Poema épico, por habernos informado de la opinión singularísima que acerca de la Iliada de Homero sustenta el célebre padre jesuita Guerin de la Roca en su *Historia verdadera de los tiempos fabulosos*; en cuya obra in-

tenta su autor probar que los griegos imaginaron sus tiempos heroicos tomándolos de la Biblia: y una serie minuciosa de investigaciones filológicas y gramaticales, sobre los capítulos XIX, XX y XXI del libro de los Jueces, hace á aquel sábio hallar en el cántico de Débora y en la historia de los Gabaonitas el gérmen de las tradiciones helenas sobre la guerra de Troya.—Y concluía nuestro inolvidable profesor diciendo casi textualmente: «Admiradores de Homero; no temais por la gloria de vuestro vate, aun cuando la teoría de Guerin hubiéramos de aceptarla como verosímil; pues, si al leer sus inmortales versos, diciendo que la poesía era hija del cielo, expresábais una gran verdad, no podíais seguramente adivinar su fundamento. Hoy aquella afirmacion es posible en un sentido literal, puesto que el bosquejo de la primera obra maestra épica del mundo bajó de la mansion de Dios con nuestras Santas Escrituras. Hasta ahora nos contentamos con llamar á Homero grande, admirable y sublime: hoy podemos llamarle resueltamente celestial y divino, toda vez que una oda dictada á Débora por el Espíritu Santo ha hecho germinar en la cabeza de Homero el poema más hermoso que el genio humano haya dado á luz.»

Con tal maestro, nadie extrañará que sus discípulos sintiéramos verdadera pena al acercarse el fin del año escolar, que habia de ser el último que íntegro pasase el eminente literato en la Universidad de Oviedo.

## VI.

En efecto; vacante en la de Zaragoza la cátedra de Historia Universal, fué trasladado á ella, á peticion suya, el Dr. Puente Villanúa, realizando así su vivo anhelo de restituirse á su querida capital de Aragon. Por real órden de 9 de Noviembre de 1858 le fué concedida dicha traslacion, y en 13 de Diciembre siguiente tomó posesion de su nueva cátedra.

Pocos dias ántes tuvieron el sentimiento de despedirle á él y á su estimada familia, al subir á la diligencia de Oviedo á Castilla, las muchas personas que se honraban con su relacion y trato. Excusado parece decir que allí estaba el que esto escribe, acompañando á su padre D. Nicasio Alvarez, oficial de la secretaría de la Universidad, é íntimo y cariñoso amigo del Sr. Puente; y tambien se adivina que el rector y catedráticos de aquel centro literario acudieron presurosos á decir *adios* al excelente compañero que los abandonaba, y que en Asturias dejaba tan hondas simpatías. Recordamos que el clero de esta ciudad estimaba á Puente en todo lo que su sólida virtud y relevante ciencia católica merecian; y no es de omitir la circunstancia de haber sido amigo especial suyo, durante su permanencia en Oviedo, el gran teólogo y santo sacerdote, señor don Fernando Argüelles Miranda, canónigo magistral de indeleble memoria, y que murió más tarde obispo de Astorga.

Las personas piadosas, ausentándose el Sr. Puente, forzosamente habían de echar muy de ménos al promovedor infatigable del culto divino y entusiasta partidario de la música religiosa de buena escuela, como asimismo á uno de los fundadores de la Conferencia de San Vicente de Paul en 1855; asociacion que, autorizada en España por real orden hacía más de tres años, hubo de comenzar en Oviedo con el nombre de «Sociedad Caritativa,» sin otro aditamento, por no sé qué *escrúpulos* de D. Antonio Romero Ortiz, gobernador civil á la sazón de la provincia.

## VII.

Abandonó, al fin, la capital asturiana D. José Puente Villanúa; mas fueron en pos de él las simpatías y el afecto de cuantos aquí le trataban y querían. El autor de estas páginas, apasionado discípulo suyo, y á quien hasta sus últimos días distinguió con particular amistad tan excelente maestro, siguió desde Oviedo paso á paso los de su actividad intelectual y enseñanzas literarias, á las que la estancia del Sr. Puente en Zaragoza ofrecía nuevos y dilatados horizontes. Manteniendo con él correspondencia epistolar apénas interrumpida, y con él platicando familiarmente en distintas ocasiones en que, por razón de ejercicios literarios, tuvimos que ir á la capital de Aragon (años de 1867, 1870 y 1871), siempre hemos encontrado en nuestro antiguo catedrático guía seguro, consejero acertado, superior indulgente, compañero afable y amigo constante y cariñoso. Las deferencias con que en tanta y tanta ocasion quiso distinguirnos su bondad, es seguro que perpétuamente vivirán en el fondo de nuestra alma.

## VIII.

Habiendo el ex-profesor de Oviedo mudado de asignatura, sus primeros desvelos en Zaragoza se dirigieron á aplicar á los estudios de Historia aquel claro talento y exquisito criterio que le caracterizaban, y se veían realzados en él siempre por una erudicion bibliográfica nada comun, que le permitia acudir á las más abundantes fuentes en cualquiera materia ó cuestion.

En 1863 dió á la estampa el tomo I de sus *Elementos de Historia Universal* (Zaragoza: Imprenta de Francisco Castro); y en los capítulos iniciales se echa ya de ver al profesor concienzudo y sábio, nunca fuera de los progresos de la ciencia, siempre mantenedor esforzado de la católica doctrina. Díganlo, si no, las lecciones preliminares y sinópticas, todas, de este volúmen; sobre todo, las que llevan los epígrafes: *Filosofía de la Historia. Principios de la Filosofía católica de la Historia*; díganlo los párrafos que hablan de las razas semíticas, de las indo-europeas, y de las hordas cusitas; los que dedica á examinar el estado de Roma al aparecer el Cristianismo, y consecuencias de la Redencion; y los en que ex-

pone consideraciones preciosas sobre el *Génesis* y las ciencias modernas, y sobre la unidad de la especie humana. Termina esta primera parte de la Historia con un instructivo resúmen de Geografía histórica antigua.

Publicó el Sr. Puente la segunda edición de este tomo de *Historia Antigua*, en 1876; advirtiendo su autor al principio que ha refundido completamente la época segunda, «tomando en cuenta los descubrimientos y lecciones más acreditadas de los egiptólogos y asiriólogos contemporáneos,» é indicando su creencia de ser el primero que en España haya introducido tal innovacion en los libros de enseñanza de esta clase.

El tomo II, ó sea la *Historia de la Edad Media*, habia sido publicado un año antes, es decir, en 1875. Este libro es el que realmente, ó al ménos en mayor escala que el anterior tomo, representa las vigiliias y trabajos del Dr. Puente, como profesor de Historia universal: recordamos haberle oido más de una vez que, si lograba ordenar sus apuntes sobre la Edad Media en forma oportuna, tendria hecha para siempre esa tarea didáctica, de suyo bastante difícil, tratándose de un período tan complicado y revuelto. Son capítulos importantes en este volúmen los consagrados á buscar puntos de vista generales en los acaecimientos históricos. Tales nos parecen: La leccion 15 «La Iglesia en la primera época de la Edad Media;» las lecciones 32 á 35 sobre las Cruzadas; la 44, que trata del cisma de Occidente; y todas las que consagra al exámen de la civilizacion, literatura y artes de las sucesivas épocas de los tiempos medios. Bajo el punto de vista bibliográfico, tiene el tomo de que hablamos especial mérito, por acompañar á cada leccion una nota de las obras de consulta, que pueden servir de ampliacion en cada una de las materias de que aquélla trata. Citaremos, en comprobacion, dos lecciones cualesquiera: «Leccion IV: La Italia despues de la caida del imperio.—Los hérulos.—Los ostrogodos.—Los lombardos.—*Autores*: Naudet, *Historia de la monarquía de los godos en Italia*; París, 1811.— Leccion XI: El imperio de Oriente desde la muerte de Teodosio hasta la desmembracion del califato árabe.

---

No fueron estos solos los trabajos en que la actividad del docto catedrático se ejercitó durante su magisterio en Zaragoza. En 1862 tuvo ocasion de mostrar ante el público inteligente sus cualidades de profundo literato, leyendo ante el claustro de aquella Universidad su *Contestacion* al discurso de recepcion del Dr. D. Mariano Viscasillas, catedrático de lengua hebrea: solemnidad académica que tuvo lugar el 13 de Junio.

Eligió el Sr. Viscasillas por tema de su oracion un *Ensayo sobre el libro de Job*, examinándole bajo los distintos aspectos de la historia, de la literatura y de la filosofía. Y cuando parecia que ya nada nuevo podia

decirse acerca del misterioso libro que, con exquisita erudicion y excelente criterio, analizaba el docto profesor orientalista, viene el doctor Puente Villanúa á examinar la significativa leyenda de Job bajo un aspecto altamente interesante; probando que, «puesto que el dolor, como Job nos lo demuestra, tal eficacia posee para sublimar y purificar el pensamiento humano, si obtiene por la resignacion recompensa tan cumplida, claro está que el dolor no es el mal, sino el remedio del mal, y la más admirable de las invenciones divinas; que si entró en el mundo en pos de la primera falta, vino enviado, más bien que por la justicia, por la misericordia, y en calidad de heróica medicina contra todos los males que debian germinar del fruto del bien y del mal, en tan mal hora gustado por el primer padre del genero humano.» Explica Puente el significado del libro de Job, siguiendo principalmente «el erudito y edificante comentario de Duguet, y el no ménos elegante y precioso de nuestro ilustre compatriota el maestro Luis de Leon.»

Pero como hay en nuestros dias una escuela ó sistema que, «con el nombre de *criticismo*, es la negacion de la Religion, de la sociedad, de la ciencia y del arte,» y esta escuela intenta, respecto al libro de Job, dar explicaciones contrarias á la realidad de las cosas, nuestro inolvidable maestro pone de manifiesto con claridad sin igual la sinrazon de esos eruditos tan pagados de sí mismos, y analiza y desmenuza sus lucubraciones, concluyendo por decir que «al considerar la manera con que el «criticismo» habla del libro de Job, viendo en él lo que no contiene, y no viendo lo que en él tan claro salta á los ojos, casi es irresistible la tentacion de dudar si ha tenido á la vista, ó ha leído jamás el libro que explica y traduce.»

---

Pocos meses despues pronunciaba el Dr. Puente Villanúa en la Universidad de Zaragoza el *Discurso de apertura* del año escolar de 1862 á 1863. Su tema fué el exámen del movimiento de la humanidad en el siglo XIX. Y tomando de una oracion reciente del P. Lacordaire la idea de que en todos los siglos el bien anda mezclado con el mal, estudia las causas de temor que el mundo en los tiempos actuales puede tener respecto á sus futuros destinos, y los motivos de confianza que en medio de tanta agitacion deben animar al pensador y al creyente. La Providencia divina y la libertad humana son elementos que en tal problema se armonizan perfectamente. Pero hay «cierto espíritu moderno que no se resigna á reconocer esa doble accion de la autoridad divina y la independencia humana sobre la vida de los pueblos. Como si la grandeza consistiera en el vano intento de aniquilar lo que está sobre nosotros, y la superioridad en negar lo que no se comprende, en lugar de consultar la tradicion de

los tiempos y adorar la mano que nos guía sin esclavizarnos, se considera mejor proclamar un antagonismo absoluto entre lo pasado y lo presente, y aislar al hombre en la pretendida omnipotencia que se le atribuye sobre su propio destino.» Los antecedentes del mal los busca el Sr. Puente, con severa é incontestable crítica, en el Renacimiento y en la Reforma, en ésta sobre todo; porque al desgarrar la unidad de la Iglesia «nos regaló los ódios de pueblo á pueblo que son modernos, pues ni huella de ellos se encuentra ántes del siglo xv,» y... «entronizó el principio pagano de la nacionalidad de las religiones,» debiéndose á su influjo «el hallarse desde entónces radicalmente alterada la noción cristiana del poder, y de aquí, por consiguiente, las continuas luchas en todos los terrenos para preservar del naufragio y completa ruina la preciosa libertad del hombre.» Y sin embargo, la verdad católica no sucumbe á tan recios embates, y «los hechos nos autorizan para conjeturar que las actuales condiciones de la vida de los pueblos son la señal de una preparacion divina para una union más íntima entre las sociedades humanas.» Los grandes inventos, el movimiento general de ideas, la comunicacion de los pueblos van poco á poco, y en medio de dificultades que logran ser vencidas, abriendo el camino á la Iglesia católica «para afirmar su autoridad, ensanchar su esfera de dominio religioso, acercar más y más entre sí las diversas porciones de su egregia herencia, para unir las más íntimamente con el centro comun, esto es, con Roma.» Este anverso de la medalla tiene ciertamente su reverso.

Hé aquí cómo le presenta el sábio profesor zaragozano, aludiendo á los males de la presente época: «...deploro cual ninguno el que el aturdimiento irreflexivo, más bien que el criminal deseo, convierta de continuo la necesidad del bienestar en el derecho de no sufrir nada; la necesidad de la crítica en el imaginario fuero de no creer nada, ni á nadie; las facilidades adquiridas con los progresos de la civilizacion moderna en auxiliares para la propagacion de ideas, ó imposibles, ó azarosamente problemáticas y de experimentacion arriesgadísima...» «Y el hombre, por su naturaleza decaída, propende al paganismo: necesita ser sostenido por la fé, y buscar en ella, contra los malos instintos que le arrastran, una fuerza exterior, sobrehumana, casi diria artificial...» «¿No hay en nuestros espectáculos y artes nada de la antigua frenética profusion de los primeros (habla de los tiempos paganos); nada del servilismo, irreligion y sensualismo de las otras? (las obras descreídas de la sabiduría gentil.)...» «Hay efectivamente eso, y mucho más, que sería largo y triste el continuar enumerando; pero hay tambien, os diré con un escritor contemporáneo, diferencias muchas, ó más bien una sola que todas las abraza, profunda, decisiva; toda nuestra superioridad, todo nuestro bienestar, toda nuestra virtud, toda nuestra fuerza y libertad,

todo cuanto nos separa de la antigüedad y el paganismo, se compendia en esta sola frase: *¡Somos cristianos!* » Y dirigiéndose, por último, á la juventud estudiosa, viene como á resumir la enseñanza que sacarse puede de las ideas expuestas en tan notable y meditado discurso, indicando que á ella probablemente estará encomendado el dar solución al gran problema. Y como base ó fundamento para lograrlo, establece la necesidad de comprender bien la actual época «y secundarla en lo que tiene de cristianamente humanitario y de noble; contribuir á su anhelado triunfo, y al cumplimiento de los augustos designios de la Providencia sobre ella.» Mas cuenta que nunca se comprenderá ni explicará nuestro siglo por medios simplemente humanos: el punto de partida de esta clase de investigaciones es considerar que el hombre fué hecho para Dios, y la sociedad para el hombre; y que en todos los planes del Creador sobre la sociedad «entra el hombre en juego con su personalidad y libertad propias.» «Todo hombre, al venir al mundo, se encuentra cara á cara con la obra de la Restauración divina de la humanidad, y con la tarea y el deber de completarla con su persona. En la balanza de los destinos humanos *nuestro peso es nuestro amor*, como ha dicho el más grande genio de la antigüedad cristiana.» Á la inteligencia se le exige docilidad y adhesión; á la voluntad, al corazón, se le pide por añadidura el sacrificio y el amor. Haced morir ¡oh jóvenes! ese divorcio fatal entre la palabra y el amor; porque de otro modo, será siempre entre nosotros una pomposa mentira el elemento religioso, la Cruz.»

## IX.

También Puente Villanúa daba, en Zaragoza, expansión á sus aficiones musicales, que allí tenían para él más ancho campo que en Oviedo, tratándose del género religioso. Su amistad especialísima con el maestro de capilla de la Seo, D. Domingo Olleta, á quien amó toda su vida con amor de hermano, le obligó á tomar la pluma en vindicación, como si dijéramos, del mérito y particular carácter de la música religiosa del maestro aragonés, puesto en duda, ó amenguado, á lo que adivinamos, por la emulación, ó por cualquier otro móvil irreflexivo é inconsiderado.

Por razones especiales, nuestro inolvidable amigo creyó prudente velar con el pseudónimo de I. C. Gramontel el folleto que, con el fin insinuado, dió á luz en Setiembre de 1866 con el título de *Crítica musical.—Observaciones acerca del Oficio de difuntos del maestro de capilla de la Seo de Zaragoza, el presbítero D. Domingo Olleta.* (Imprenta de *La Perseverancia*, á cargo de Manuel Solá.) Por cierto que este opúsculo es uno de los escritos más hermosos que salieron de la siempre castiza y elegante pluma de su autor, revelando éste en tales páginas su instrucción general y los especiales conocimientos que en el arte musical poseía. «El conjunto

de las obras de música religiosa del maestro Olleta es un verdadero monumento, tan glorioso para el arte como para la patria que vió nacer al ilustre é incomparable artista, á quien la música religiosa contará entre sus primeros intérpretes, y Zaragoza entre sus hijos más distinguidos.» Hé aquí literalmente el pensamiento que, indicado en un principio, se desenvuelve luégo con tal conocimiento de causa y con primores tales de elocucion, que el lector se identifica con sus páginas como por una corriente de misteriosa simpatia que atrae y encadena. Y si es aficionado al divino arte, y, como nosotros, conoce, aunque en escaso número de obras, la inspiracion inagotable del Sr. Olleta, no extrañará que su panegirista le coloque á la par de los genios músicos más eminentes de los tiempos modernos, y que le asigne entre los compositores sacros de nuestros dias un lugar tan elevado, que difícilmente se hallará en España quien pueda ser colocado á tanta altura. Véase cómo prueba su tésis el Sr. Puente:

«Talento eminentemente subjetivo, el maestro Olleta lo ha sacado todo de sí mismo; alma templada al unísono de todo lo bello, grande y sublime, no sabía pensar sin admirar, ni admirar sin aspirar á la creacion de la belleza, ni crearla y reflejarla en sus escritos sino con todos los atavíos de una hermosura perfectamente armónica y consumada. En sus escritos nada hay que tenga sabor á ripio, ni vulgaridades; nada que no sea, en medio de su originalidad, osada á veces en demasía, perfectamente ajustado á las reglas más inflexibles del arte.» En comprobacion de sus aserciones, estudia Puente á los artistas en su tarea incesante de perseguir el ideal propio de cada uno.

Ve en Haydn el tipo del cristiano sencillo y humilde, que contempla sosegadamente en las obras creadas la bondad inagotable de Dios. Mira en Rossini al atolondrado pintor de la vida real, bajo su aspecto encantador, risueño, fugaz y bullicioso. Observa en Beethoven un genio misántropo y melancólico que, en alturas inaccesibles, expresa la afliccion sin consuelo, buscando el arte como desahogo de un dolor sin tregua y de un padecer horrible. Contempla en Bellini al espíritu que busca inútilmente en las cosas de la tierra la satisfaccion cumplida de su deseo inagotable de amar; el tipo de la ternura sin medida, que, como término y razon suprema de sus elegíacos cuadros, perpétuamente se está mirando á sí mismo en sentimentales acentos de sublime grandeza. Ve también artistas, como Mozart, de índole verdaderamente cristiana, que miran la tierra como lugar de tránsito para el hombre, y cuyas producciones todas son una aspiracion continua á penetrar en las alturas de la belleza absoluta, haciendo que sus personajes participen de esa vida espiritual, ideal, suprasensible, en que se halla sumergido su genio: genio á la vez tierno, misterioso y profundo; genio que toca todas las cosas, y

á todas comunica la vida, conquistándole el título de *el más admirable de los músicos*, y poniéndole al frente de todos los artistas cristianos. «De esta última raza de artistas en cuanto á tendencias y aspiraciones, y también en cuanto á vuelo y elevación, es el maestro Olleta. Su colección de obras de música religiosa es un himno celeste de adoración y de amor. Todas sus páginas revelan que padece la *nostalgia del cielo*, y que la tierra será para él, ó mansion de breves días, ó mansion de tribulaciones.» Concluye Puente lamentando acerbamente que una afección, por desgracia incurable, haya venido á detener en su carrera de gloria al insigne maestro de la Seo, precisamente cuando la madurez de su talento hacía esperar que «una escuela suya, sostenida no más que por veinte años, hubiera sido un plantel de compositores é instrumentistas, que formarían época y salvarán quizás la música religiosa de la ruina que, en concepto de muchos, le amenaza en un porvenir no lejano.»

Al discurrir sobre Olleta su apologista, apoya éste sus observaciones en el análisis de las obras del eminente compositor, sin que por la índole de nuestro trabajo biográfico podamos seguir paso á paso al Sr. Puente. Bastan, sin duda, nuestras leves indicaciones para que se adivine el singularísimo mérito del folleto en cuestión, cuyas ideas generales son como el complemento de las que expuso su autor, en 1855, al trazar en Oviedo la historia musical del gran Cuéllar.

## X.

Los sucesos posteriores á Setiembre de 1868 influyeron en el ánimo de nuestro querido amigo y profesor, en el sentido de infundirle honda tristeza el espectáculo que la España ofrecía al desencadenarse furiosa tormenta sobre seculares instituciones, lastimando en lo más vivo la fe acendrada de la gran mayoría de esta católica nación. Por orden de 16 de Febrero de 1869 fué declarado *cesante* del cargo de decano de la facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, que desde 12 de Julio de 1863 venía desempeñando con general aplauso. La pasión política, ciega siempre, no respetó en el Dr. Puente Villanúa ciencia, méritos, ni servicios. Algo hasta cierto punto había de tocarle de aquella oleada de destrucción que en su querida ciudad llevaba á cabo actos tan incalificables como el derribo del hermosísimo templo ojival de Santo Domingo, ó de Predicadores, cuyas tres elegantes naves no debieron á la piqueta demoledora la consideración siquiera de haber sido el Capítulo del ex-convento adjunto (si no estamos mal informados) sala de sesiones de las libres Córtes de Aragon, tan justamente afamadas en la historia del Derecho político español.

En esta época, como ántes, las simpatías de la juventud estudiosa estaban al lado del catedrático de Historia Universal; de lo que es buena

prueba el nombramiento que obtuvo de presidente de la Academia filosófico-literaria, inaugurada en la misma Universidad de Zaragoza en 6 de Febrero de 1870. Tenemos á la vista el discurso leído por el Sr. Puente en aquella ocasion. Su objeto fué examinar qué son y qué género de preferencia merecen las Bellas Letras: cuál debe ser su carácter esencial, y el espíritu que las anime y dirija.

Como en todos los trabajos del insigne profesor, la erudicion brilla en éste y las galas de estilo en su elocucion. Las letras y las ciencias no tienen por qué divorciarse: deben caminar de acuerdo «como hermanas gemelas cariñosas, que unidas formarán hombres científicos eminentemente religiosos; literatos, que en sus producciones aspiren á la manifestacion de lo bello como esplendor de lo verdadero y de lo bueno. El arte, y lo mismo la literatura, tienen por fin evidente, por fin natural suyo, elevar hácia el ideal á todos cuantos se aproximan á contemplar esos signos sensibles, que son la expresion y manifestacion del ideal mismo. Yerra quien busca la ley del arte, no en la ley eterna y en la verdad absoluta, sino en el capricho del público: yerra quien en vez de educar á los hombres, elevándolos, trata sólo de agradarles, ó divertirles; yerra, por consiguiente, quien, en vez de buscar la gloria, se afana por adquirir reputacion entre los hombres, y se contenta con eso... Yo, por mi parte, debo decirnos ingénuamente, que la definicion de lo bello más completa y verdadera, en mi concepto, es la que dice: Se llama bello *lo que agrada á la virtud ilustrada.*»

---

En esta época, es decir, despues de 1868, fué cuando Puente dió á luz la segunda edicion de su *Historia Antigua* y la primera de su *Historia de la Edad Media*. de que arriba queda hablado.

Sostenidos por la diputacion provincial de Zaragoza los estudios del doctorado en Letras, el sabio profesor desempeñó la asignatura de Estética, desde Diciembre de 1868 hasta Octubre de 1872, habiendo dejado sobre aquella ciencia preciosos apuntes, que se dice se darán acaso á la estampa en alguna coleccion de autores aragoneses. Lo celebraríamos.

## XI.

D. JOSÉ PUENTE Y VILLANÚA bajó al sepulcro cuando la ciencia y la literatura podian esperar todavía frutos muy sazonados de su clara inteligencia y de su elegante y castiza pluma.

Habia nacido en Zaragoza en 19 de Mayo de 1817. Cursó latinidad y humanidades con los PP. Escolapios de esta ciudad, y trece años no más contaba, cuando obtuvo de sus superiores la distinguida y señaladísima honra de pronunciar en lengua latina el discurso inaugural de los exámenes de Julio de 1830; acto que presidia el inolvidable arzobispo señor

Francés y Caballero, de feliz memoria. De 1830 á 1836 cursó en el Seminario cesaraugustano tres años de Filosofía y tres de sagrada Teología, teniendo á su cargo la oracion inaugural de 1834 á 35. Cerradas á la juventud por aquel entónces las puertas del Santuario, comenzó en 1836 la carrera de Jurisprudencia, invirtiendo en ella siete años, hasta recibir la investidura de doctor, en Zaragoza misma, el año de 1843. Ejerció allí durante tres años la profesion de abogado; hasta que el plan de estudios del asturiano Pidal, ofreció, en 1845, á sus aficiones literarias el acceso al profesorado público. En éste, previas brillantes oposiciones, ingresó en 1847 como *Catedrático de la Universidad literaria de Oviedo*; y en el profesorado estaba llamado á dar á España honra verdadera, y á conseguir la más alta recompensa que la ley asigna al mérito y servicios de los catedráticos de facultad, á saber, la *categoría de término* en el escalafon, que obtuvo por real orden de 13 de Noviembre de 1875, con el sueldo máximo de 6,000 pesetas.

Á más del grado y título superior en la facultad de Derecho, habia obtenido en la de Filosofía y Letras los de licenciado y regente de primera clase: todos *por unanimidad* de votos.—Fué nueve veces juez de oposiciones á cátedras, en Madrid ó Zaragoza, y *cuatro* de ellas con el carácter de *presidente*.—Multitud de honores y distinciones le fueron concedidos dentro y fuera del profesorado, cuyo relato omitimos por brevedad, indicando sólo que, como decano más antiguo, estuvo encargado *del Rectorado* de la Universidad de Zaragoza desde el 31 de Julio al 29 de Setiembre de 1864.—Era desde Julio de 1866 académico de la de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza; y en 1878 fué electo académico correspondiente en aquella ciudad de la de Bellas Artes de San Fernando.

Probo ciudadano, excelente esposo y padre, cariñoso amigo; profesor insigne y sábio; católico ferviente, hombre de intachable virtud, carácter de convicciones arraigadísimas é inquebrantables, uno y cien motivos existen para que el duelo que su pérdida llevó á tantos corazones subsista hoy tan vivo como el dia en que llegó á nuestros oidos la triste nueva de su partida desde este mundo de miserias á la region de la Belleza eterna y de la Felicidad que nunca termina.—

Si algun lenitivo hay á nuestro pesar, parece que le hallamos dedicando á la memoria del que fué nuestro respetado y querido maestro—nuestro bondadoso compañero y amigo, este humilde tributo de admiracion á sus raras prendas, y de justicia á su elevado mérito.

JUSTO ALVAREZ AMANDI.

Oviedo, Diciembre de 1880.

